

REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUJÍA  
DE MURCIA

SESIÓN PÚBLICA INAUGURAL

CELEBRADA

EL DÍA 3 DE ENERO DE 1904

*Memoria*

de las tareas que durante el año anterior han ocupado á la Academia

POR

*Don Manuel Martínez Espinosa*

SECRETARIO PERPÉTUO

DISCURSO

sobre el tema «CULTIVO DE LA VOLUNTAD»

LEIDO POR

*Don Bernabé Guerrero Caballero*

ACADÉMICO DE NÚMERO



MURCIA

Imprenta de Andrés Saez Huertas

Año 1903.

4-E  
LXIV  
9



REAL ACADEMIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA  
DE MURCIA

SESIÓN PÚBLICA INAUGURAL

CELEBRADA

EL DIA 3 DE ENERO DE 1904

*Memoria*

de las tareas que durante el año anterior han ocupado á la Academia

POR

*Don Manuel Martínez Espinosa*

SECRETARIO PERPÉTUO

DISCURSO

sobre el tema «CULTIVO DE LA VOLUNTAD»

LEIDO POR

*Don Bernabé Guerrero Caballero*

ACADÉMICO DE NÚMERO



MURCIA

Imprenta de Andrés Saez Huertas

Año 1903.

12.561





# RESEÑA

DE LOS TRABAJOS QUE HAN OCUPADO

— Á LA —

*Real Academia de Medicina y Cirujía de Murcia en 1903*

**LEIDA EN LA SESION INAUGURAL CELEBRADA**

*el día 3 de Enero de 1904*

POR

***D. Manuel Martínez Espinosa***

Académico de número y Secretario perpétuo







Ilustrísimo señor;

SEÑORES:

Si en solemnidades como la que al presente nos reúne en este recinto he reclamado siempre vuestra indulgencia, con más razón he de suplicarla hoy, que apenado mi espíritu por la reciente desgracia que me aflige solo tiene lugar para el sentimiento. Las heridas del corazón no conocen mejor bálsamo que las lágrimas, y el llanto no se aviene con el pensar sosegado y tranquilo que requiere la relación de vuestros trabajos Académicos; así es que espero me perdoneis que en vez de resumen reglamentario haga un índice nada más de las sesiones de esta Corporación durante el año que ha pasado.

---

Grato hubiera sido á esta Academia no ver enlutada ninguna página de sus anales; pero la muerte que nada perdona, vino á sorprender repentinamente á nuestro ilustrado y apreciable compañero D. Benito Closa y Ponce de Leon en ese periodo del hombre en que se unen los bríos de la plenitud de la vida con la madurez de la experiencia para dar sus más sazonados frutos.

Cursó nuestro compañero la carrera médica con notable aprovechamiento en la Universidad de Madrid, licenciándose en 1871. Nombrado médico de la Beneficencia Municipal de la coronada villa, continuó cursando las asignaturas del doctorado á la vez que se iniciaba en la especialidad oftalmológica, que fueron los estudios de su particular predilección, y al recibir el grado de doctor se trasladó á la ciudad de Mula, una de cuyas titulares desempeñó por algunos años. Pero necesitaba el Dr. Closa campo más ancho donde desarrollar sus conocimientos y fijó su residencia en esta capital en la cual se estableció como oculista, creándose muy pronto una reputación en esta rama de la medicina. El Ayuntamiento le nombró oculista honorario de la Beneficencia Municipal y en poco tiempo el



## VI

renombre del Dr. Closa traspasó los límites de la población y de la provincia haciéndose de una clientela numerosa.

No por estar dedicado á una especialidad abandona el estudio de la Medicina general, sino que sigue con interés la evolución que la ciencia ha experimentado en las postrimerias del pasado siglo y concurre á certámenes científico-literarios de la Academia Médico-Quirúrgica Española, de la Sociedad Española de Higiene y de la Jenneriana Matritense que le nombran socio correspondiente.

Tras reñidas oposiciones se le concedió una plaza de Médico de Número de la Beneficencia provincial y en unión de los doctores D. Juan Lopez y D. Juan Antonio Martinez fundaron un Instituto de Vacunación con linfa de vaca, quizás uno de los mejores de España por su excelente organización é instalación, que presta innumerables servicios á la localidad, propagando é inoculando el cow-pox con todos los requisitos de asepsia que tan necesarios son para producir buena linfa y evitar el contagio de otras enfermedades. Teniendo en cuenta esta Real Academia los méritos expuestos le abrió sus puertas nombrándole Académico de número en sesión del día 16 de Noviembre de 1887.

La *oftalmía purulenta*, el *tracoma en los Asilos de niños*, la *catarrata*, la *incubadora infantil*, la *lactancia artificial*, la *atropsia* y otros varios temas desarrolló el Sr. Closa en las sesiones de esta Corporación demostrando sus muchos conocimientos y el estudio diario que dedicaba no sólo á su especialidad, sino á la Medicina en general, pues no había novedad científica que no ensayara y comprobara en la clínica.

Sus aficiones á la Higiene pública eran muy manifiestas, y elegido Concejal y primer Teniente alcalde de este Excelentísimo Ayuntamiento emprendió ruda campaña para mejorar las condiciones higiénicas de la población, que le valieron más odios y enemistades que plácemes, calificando de genialidades y ridiculeces sus acertadas disposiciones.

La muerte le sorprendió cuando tenía en estudio un plan de reforma y organización de los servicios de Beneficencia Municipal y saneamiento de la localidad.

Descanse en paz el bueno y cariñoso amigo y roguemos á Dios por que su alma disfrute de dicha imperdurable.

---

Para ocupar las vacantes ocasionadas por la muerte del Excelentísimo Sr. D. Tomás Pellicer y D. Benito Closa, han sido elegidos por votación unánime D. José Garcia Villalba y don Ignacio Martinez Lopez.

Conocidos son por todos los presentes los méritos de los nuevos académicos.

Licenciado en Medicina el Sr. Villalba desde 1882 recibió el grado de doctor un año después, siendo nombrado profesor supernumerario del Instituto Oftálmico Nacional de Madrid. Fijó después su residencia en esta capital donde á poco tuvo ancho campo para demostrar sus condiciones de clínico perspicaz y probar á la vez las penalidades del ejercicio de la profe-

## VII

sión en la invasión de cólera morbo del año 1885, que tan cruelmente se cebó en este vecindario, recompensando sus relevantes servicios con la Cruz de Epidemias, distinción que se limitó mucho por parte del gobierno, siendo muy contadas las que se otorgaron.

Ocupó el segundo lugar en terna, tras lucidas oposiciones, para cubrir una plaza de Médico de Número de la Beneficencia provincial, siendo nombrado después Médico cirujano agregado del Hospital provincial de San Juan de Dios.

El Colegio Médico le elige secretario, no sólo en su periodo de asociación voluntaria sino también cuando se decreto la colegiación obligatoria y esta Academia contábale entre sus corresponsales desde el año 1884.

Apostol de la Higiene no ha perdonado medio por vulgarizar sus conocimientos; en uno de los certámenes de «El Diario de Murcia» fué premiado por una cartilla sobre *Preceptos higiénicos del paludismo*, y en periódicos, revistas y conferencias ha demostrado siempre sólidos conocimientos científicos y una forma literaria exquisita, uniendo á la profundidad del concepto la galanura de la frase, haciendo agradables á la par que instructivos sus escritos.

Ha sido Regidor Síndico del Excmo. Ayuntamiento de esta capital y presidente de su comisión permanente de Beneficencia y Sanidad, cargos que le han colocado en muchas ocasiones en situación de abogar por las urgentes reformas que de higiene y salubridad está reclamando á voces nuestra abandonada población.

D. Ignacio Martinez Lopez es Médico desde el año 1884 y su aprendizaje clínico lo hizo también durante la epidemia del cólera de 1885, desempeñando una de las plazas de Médico de Guardia, en la permanente de Servicio Facultativo Municipal. La Excmo. Diputación Provincial le nombró Médico sustituto de la Casa de Misericordia y Expósitos y después fué designado para Médico auxiliar de la Carcel, instalándose bajo su dirección la enfermería de dicho establecimiento.

En 1888 fué nombrado Médico del primer distrito Municipal de esta capital y el Excmo. Sr. Capitán General de la Región le designó para el cargo de Auxiliar de Sanidad Militar en esta plaza, que ha desempeñado por espacio de diez años.

Es Médico honorario de la Beneficencia provincial, habiendo estado á su cargo la sala de mujeres en la sección de sifiliografía de este Hospital, y ha sido varios bienios vocal de la Junta provincial de Sanidad.

Tales son los méritos de los nuevos Académicos que han de tomar posesión de sus plazas en breve término. Al anticiparles el abrazo de bienvenida á esta Corporación les deseamos una larga vida y una no interrumpida serie de triunfos en nuestra noble profesión.

---

La sesión inaugural del pasado año dejó grato recuerdo entre nosotros. *El alcoholismo en el niño; sus causas y sus efectos* fué el tema elegido por el Académico de turno D. Laureano Alba-

## VIII

ladejo y escuchado por un numeroso público que invadía este recinto.

Ocioso será decir que el disertante dió gallarda prueba de su cultura literaria y sus conocimientos al desarrollar el enunciado de su discurso bajo el punto de vista médico y sociológico.

Los perjuicios que ocasiona en la salud del niño el uso del alcohol, que en algunas familias es la primera sustancia obligada que se hace ingerir al recién nacido bajo la creencia que así se criará más robusto; la costumbre de dar vino al niño alimentado prematuramente á pretexto de que le siente bien la comida, tomando primero á gracia sus gestos de repugnancia y viendo después con satisfacción las cantidades excesivas de alcohol que consume creyendo que esta tolerancia es signo de fortaleza, sirven de base al Sr. Albaladejo para describir con vivos colores el *hábito* alcohólico.

A esta parte de la *etiología* sigue la *educación* que recibe el niño cuyo padre gasta en la taberna el pan que ha de alimentar á su familia; ve que cuando el autor de sus días vuelve al hogar donde debía tender los cariñosos brazos para reposar de las fatigas del día y buscar bocas angelicales que esperan con ánsia dulces caricias, es la blasfemia el saludo que profiere ó la palabra soez é injuriosa la contestación á la mas ligera pregunta; presencia discusiones acaloradas por el vapor de vino, acerbos reproches, quizás inmotivados castigos, todas las consecuencias en fin de la intemperancia, y el niño que recibe este ejemplo, que se ha educado en este ambiente de vicio, es generalmente vicioso tambien y huesped para el porvenir de la cárcel, del hospital ó del manicomio, por que además de la educación ha recibido como herencia del autor de sus días el raquitismo, la tuberculosis, la epilepsia ó la locura.

En pocos años se ha cuadruplicado en Murcia el número de tabernas y en este mismo tiempo se ha triplicado la población del manicomio. Hay una circunstancia digna tambien de tenerse en cuenta; el aumento que en la localidad han tenido los establecimientos de bebidas coincide con la organización de las clases trabajadoras y la disminución de las horas de trabajo.

El orden social se encuentra, pues, seriamente amenazado; la disminución de la jornada diaria no supone tiempo y espacio suficientes para asistir á centros de enseñanza que procuren el mejoramiento moral del obrero cultivando su inteligencia, si no más horas disponibles para estar en la taberna donde á la vez que contrae enfermedades muchas veces irremediables, se pervierte arrastrando en su caída á seres que destinados á ser miembros útiles de la sociedad terminan su vida en el hospital ó en el presidio.

La concurrencia felicitó con entusiasmo al disertante y el señor Presidente declaró abierto el periodo oficial de vida activa de esta Corporación durante el cual ha sostenido cordialísimas relaciones con las demás Academias hermanas y otras

## IX

corporaciones científicas; pero en cambio han sido pocos los asuntos oficiales en que ha intervenido.

---

Respondiendo á la invitación del Comité de organización del XIV Congreso Internacional de Medicina celebrado en Madrid, tuvieron SS. el acierto de nombrar al Dr. Medina, nuestro querido vice-presidente, y la poca fortuna de designar al que dirige la palabra, para que representáramos á la Academia en aquel torneo de la ciencia. Todo género de facilidades nos dió nuestra misión oficial; todo género de atenciones merecimos de los señores presidente y organizadores del Congreso y que honraran á esta Academia con un sitio en la presidencia de la sesión inaugural; acto solemne, grandioso, emocionante, que hizo arrancar lágrimas á nuestros ojos. La Medicina saludada en todos los idiomas del mundo y representada por las más notables celebridades de todas las naciones, ha dado una elocuente prueba de marchar á la vanguardia del progreso científico y que los médicos españoles formen dignamente entre las filas de las más renombradas emiencias.

Imposible sería reseñar en esta Memoria el índice nada más de los trabajos presentados en las veinte secciones en que se dividió el Congreso, pues su sola enunciación ocuparía más espacio del que podemos disponer. Ya el Sr. Medina dió cuenta á la Corporación de algunas de nuestras impresiones, principalmente de las referentes á la tuberculosis que tanto preocupa á clínicos é investigadores y de los estudios sobre la malaria y fiebre amarilla, que han dado un paso de gigante en el espacio de muy pocos meses.

---

Aparte de las relaciones de pura cortesía con las Autoridades, solo ha tenido que intervenir la Corporación en un informe oficial, y este ha sido para premiar la laboriosidad de un reputado y popular compañero de la vecina ciudad de Cartagena, el Dr. D. Leopoldo Cándido que promovió un expediente solicitando la Cruz de Epidemias por hallarse comprendido en el R. D. del 15 de Enero del pasado año, por haber practicado más de cuarenta mil inoculaciones del cow-pox en los once años que lleva de existencia el Instituto de Vacunación que está bajo su dirección.

---

En la vida íntima de la Academia han sido notables los trabajos realizados.

El Académico Dr. D. Claudio Hernández-Ros, Cirujano del Hospital de San Juan de Dios, nos ha dado relevantes pruebas de que es digno continuador del apellido que su inolvidable padre enalteció entre los cirujanos españoles de su época. La reseña y estadística de las operaciones que ha practicado durante el año 1902 en el Hospital y en su Casa de Salud demuestran las aptitudes de nuestro querido compañero, que en 101 intervenciones quirúrgicas, entre ellas laparotomias, resecciones, her-

nias estranguladas y amputaciones, solo ha perdido tres operados; resultados que enaltecen la pericia del joven operador.

Un tema interesante planteado por el Dr. Sanchez Garcia ha ocupado nuestra atención varias sesiones: las inyecciones de *cinamato de sosa* en la tuberculosis.

Las esperanzas concebidas acerca de este remedio contra una enfermedad que tantos estragos produce en la humanidad, le llevaron á emprender con entusiasmo este tratamiento en la confianza de obtener el lisonjero éxito que se prometía; pero bien pronto se apoderó de él el desaliento al ver los negativos resultados del pretendido específico en los enfermos que tenia sometidos á su uso. Casi todos los señores Académicos contribuyeron con sus observaciones á la discusión, deduciendo de ella con rara unanimidad, que el cinamato de sosa no disminuye la fiebre, ni calma la tos, ni modifica la espectoración, ni aumenta el peso en los enfermos. Es uno de tantos remedios que la moda les dá una vida efimera para caer en el olvido con la misma rapidez con que hicieron su aparición.

En el trascurso de las sesiones ha merecido particular atención por parte de SS. la patologia local. Han estudiado detenidamente la modalidad especial de cada entidad morbosa de las que ordinariamente se padecen; han señalado sus causas, unas veces manifiestas y otras probables, y el tratamiento más adecuado de cada una de ellas y se han ocupado estensamente de las enfermedades infecciosas que con tanta frecuencia se padecen en Murcia. Son estas tan comunes en esta localidad, que miramos con estóica resignación su propagación y sus progresos como si fueran plagas necesarias á la vida de la humanidad.

Tales enfermedades, que entran en la categoria de *evitables* por que está en las manos del hombre limitar su número y hasta hacerlas desaparecer de una localidad, son un baldon de las poblaciones donde se prodigan, por que indican el descuido y hasta el abandono de los más rudimentarios principios de la higiene. Inutil es que el Médico se esfuerce en oponer los remedios farmacológicos más indicados, pues la infeccion nos rodea por todas partes; legiones innumerables de microorganismos patógenos viven con nosotros, están en nuestras casas favorecidos por sus vicios de construcción, anidan y se propagan en los retretes, en los sumidores, en los pozos que ha tiempo debieron desaparecer de Murcia; se desarrollan en las mal llamadas alcantarillas, que no son otra cosa que inmensos tubos de cultivo donde los bacilos se multiplican y subliman; viven impunemente en la suciedad de las calles para que el polvo los lleve en suspensión y el aire los distribuya equitativamente entre los vecinos; y todo lo que nos rodea, los alimentos, el terreno, el aire, el agua, son fuentes conocidas donde los agentes de infeccion pululan libremente y donde los gérmenes de la viruela, del sarampion, de la escarlatina, los bacilos de Rosembach, de Loffler, de Koch, de Eberth, nos amenazan de conti-

## XI

nuo, no haciéndose nada, ni esperanzas de que se haga por mucho tiempo, para oponerse á su desarrollo; por que, en una población como la nuestra que se llama *inútil calentador* á la estufa de desinfección y se califica de *conferencia lata* la exposición de un plan de saneamiento por un malogrado compañero nuestro, no hay que esperar que desaparezcan las infinitas causas de mortalidad que nos acometen. No parece si no que esta ciudad está todavía en poder de los hijos de Mahoma y no hay otros medios de corregirestas invasiones que el fatidico *estaba escrito* de esta indolente raza.

HE DICHO.





— ❁ CULTIVO DE LA VOLUNTAD ❁ —



# DISCURSO

LEIDO POR EL ACADÉMICO DE NÚMERO

*D. Bernabé Guerrero Caballero*

*en la sesión pública inaugural celebrada*

POR LA

Real Academia de Medicina y Cirujía de Murcia

EL DIA 3 DE ENERO DE 1904







Ilustrísimo señor;

SEÑORES:

La lectura de alguno de los párrafos del discurso inaugural del pasado año, actuando sobre antiguas y arraigadas convicciones mías, sugiriome tema para este trabajo.

El caracter de las ciencias ha cambiado en estos últimos años y á estos nuevos rumbos, deben en gran parte su prosperidad las naciones más cultas del mundo. Las innovaciones y adelantos científicos, no quedan recluidos en una esfera puramente ideal: hayan inmediata y fecunda aplicación á las industrias, abaratando unas veces sus productos, removiendo otras, obstaculos hasta entonces insuperables, y coadyuvando siempre al bienestar material de la sociedad.

Las corporaciones científicas han perdido tambien su caracter de relativo aislamiento en el comercio social. Trátase en las Academias no solo de inquirir las condiciones en que los hechos se producen sino tambien de dedicar su actividad á extender y vulgarizar los especiales conocimientos á cada una confiados. Y convengamos Señores, en que es este uno de los más simpáticos aspectos de las actuales corrientes científicas; el que hace decir al ilustre Angel Mosso en una de sus bellísimas obras (La peur página 10) «ahora que el método experimental es cada dia más seguido, debe el fisiólogo ser modesto, pedir hospitalidad al taller del artista y al gabinete del literato, conversar con los espíritus cultivados, á fin de extender los principios más rudimentarios de su ciencia.»

Es aun más necesaria esta empresa en nuestro país cuya cultura decae, y en los momentos actuales en que luchan, de una parte, la ignorancia, el descreimiento y la ineducación, repre-



sentados por una masa inconsciente sin esperanzas ni alientos, indiferente á todo, aun al propio nombre; inervada artificial y patológicamente por el alcohol, sin otros impulsos que los procedentes de la más baja animalidad; y de otra, acaso los menos, pero seguramente los mejores, ansiosos de toda lucha noble, excitando á la fé en nuestros propios destinos, al desarrollo de toda actividad, provechosa, mostrando á la muchedumbre soñolienta y apática los tesoros que en nuestro suelo se pierden, esperando inutilmente la mano amiga que quiera aprovecharlos.

Yo uno mi voz á la de estos, y deseoso de contribuir al mejoramiento de mi país, permitidme que aporte á esta obra, una modesta y mal tallada piedrecilla: sólo me anonada la idea de representar en este acto á tan ilustre Corporación, por las faltas que habeis de notar en mi trabajo. Dispensadlas Señores míos, y sirva de excusa á mi atrevimiento, el buen deseo que lo determina.

El tema que he de tratar «Cultivo de la voluntad», es muy importante y demasiado extenso para los límites concedidos á estos trabajos, obligándome esta condición á tocar solo de paso graves problemas como meras orientaciones en este camino y cuyo adecuado desarrollo exigiría un libro.

## I.

Es la voluntad coronamiento del edificio humano: sirvenle de base la sensibilidad y la inteligencia, excitante la primera, freno moderador la segunda, de todo querer racional.

A su vez influye sobre ambas, dándoles cohesión y unidad, aumentando así su poder y utilidad. Sin ella el hombre se convertiría en autómatas de sus propias necesidades ó de las influencias exteriores, y por grande que fuera su capacidad intelectual (limitadísima por la falta de voluntad) no pasaría de la condición de observador superficial de los hechos, sin poder comprobarlos, ni elevarse al conocimiento de su enlace ni de sus causas.

Aun la falta de energías volitivas, tradúcese en todos los órdenes de la vida social por insubordinación y trastornos eminentemente perjudiciales á la existencia de la colectividad; colectividad que exige como todo organismo, armonía entre todos los elementos que la integranse, y adaptación progresiva á las nuevas adquisiciones.

Obsérvanse los primeros esbozos de movimiento voluntario en los más humildes seres de la escala zoológica, con cierta

espontaneidad, condicionada sin embargo por circunstancias físicas y químicas del medio que les sirve como ambiente apropiado: es como la ténue claridad que precede mucho tiempo á un espléndido día. Aumentan su importancia aquellos movimientos, á medida que la organización del individuo se complica y perfecciona, haciéndose cada vez más independiente del medio exterior en cuanto á sus actos se refiere. Apesar de su relativa perfección, limitan la voluntad del animal los dos altos fines á su vida confiados: el sostenimiento de la propia y la continuación en el tiempo de la de su especie.

Si bien el hombre como animal, participa de esas impulsiones orgánicas; como racional, es capaz de modificarlas y superponerse á ellas, en virtud de motivos pasionales ó racionales, y dentro de esta variadísima gama de afectos y convicciones, la voluntad humana asombra por su poder, logrando con una inteligente perseverancia, la transformación del suelo, el dominio de las aguas y de los aires, la supresión de las distancias, ó en lucha con los más poderosos instintos llega al sacrificio de la propia existencia en aras del amor ó del deber.

Ahora bien ¿para conseguir esos admirables resultados, basta un simple «quiero», ó es menester algo más?

Enseña la observación que no es el impulso volitivo, necesario unas veces, ni suficiente otras, para la ejecución de ciertos actos.

El sencillo reflejo base de todos los movimientos, para nada necesita del influjo de la voluntad: bástale la excitación de sus puntos de partida, para su producción, siempre igual, en relación con la intensidad del excitante y supuestos en perfecta integridad sus aparatos productores: y ejemplos numerosísimos tenemos de ellos en nuestra experiencia diaria, desde la succión del pecho materno por el recién nacido, á los movimientos provocados en el adulto que duerme por excitación de su piel.

Vienen después y en un orden más complejo, las llamadas acciones instintivas, verdaderas adquisiciones hechas por la naturaleza viviente en su lucha con el medio exterior, y fijadas orgánicamente en las especies como medios adecuados á su mejor conservación: mezcla de reflejos sensoriales y de imágenes motrices, reveladoras de una tan grande perspicacia que admiran al observador. Tales son las costumbres de los animales en cuanto se refieren á los dos fines antes mencionados ó á su propio bienestar, como el hecho de los polluelos de ánade incubados por una gallina, que recién nacidos si ven el agua

á ella se dirigen nadando expertamente, á pesar del vivo terror mostrado por su madre adoptiva. Todos estos actos tienen el caracter de seguir siempre al estímulo y ejecutarse en igual forma por todos los individuos; siendo modificables dentro de muy estrechos límites, por la experiencia individual.

Análogos á estos, son en el hombre los expresivos de sus emociones y pasiones y como ellos hereditarios también.

Por encima de todos están los determinados por la voluntad, torpe y vacilante en sus primeros ensayos, tan potente y robusta en ulteriores manifestaciones, cuanto variada en sus formas.

Si nos fijamos en las acciones rápidamente enumeradas: resaltarán los caracteres que las distinguen de las voluntarias, es el primero la relación constante entre la excitación y la reacción orgánica; es el segundo la forma de reacción, la uniformidad.

Verificaciones numerosas llevadas á cabo por distintos observadores en los laboratorios de Psicología experimental, han demostrado que el movimiento voluntario que sigue á una excitación sensorial, tarda triple tiempo que el simple reflejo, siendo por término medio de 150 milésimas de segundo en los primeros y de 50 en los segundos.

Si analizamos subjetivamente estos actos dependientes de la voluntad, hallaremos que es condición precisa para su ejecución, el conocimiento empírico de la topografía exterior de nuestro cuerpo, muy anterior al reflexivo, y la previsión del objeto ó fin que sea preciso lograr.

Restanos aun mencionar otra circunstancia que formando parte de la volición, tiene sin embargo un caracter marcadamente intelectual: la deliberación ó apreciación de motivos, que da al hombre la gloria ó responsabilidad de sus actos elevándolos á la categoría de racionales, y de la cual se hayan privados los niños, imbeciles, é idiotas por falta de desarrollo mental, y los locos por faltos de razón.

Si solo consideráramos á la voluntad como poder de acción, serian incompletas y falsas estas consideraciones preliminares: precisamente la obra de la educación consiste en su mayor parte en desarrollar su poder inhibitorio ó detentivo. Recibir una grave ofensa, y pudiendo, no vengarla en el acto, revela en la mayor parte de los casos, más esfuerzo de voluntad, que las atropelladas reacciones de la colera: poder detentivo muy rara vez logrado por los pasionales cuyos actos atenuan de responsabilidad la moral y los códigos en todos los paises cultos.

Paso por alto los centros y vías de conducción de los movimientos voluntarios y de la inhibición por no ser pertinentes a nuestro objeto, pero si he de mencionar los mecanismos de que á nuestro albedrío disponemos para derivar aquellos, que aun siendo reflejos obedecen á la influencia de la voluntad, como la risa, el estornudo, el hipo etc., que impedimos, provocando un moderado dolor, como morderse los labios ó la lengua: frotando con cierta energía la nariz, ó conteniendo la respiración.

Despojados por la naturaleza, en gran parte de esos actos complejos calificados de instintivos, parece ser la torpeza patrimonio exclusivo del hombre, en los comienzos de toda obra por sencilla que sea. ¡Cuanto trabajo cuesta al niño tenerse en pié, guardar el equilibrio y andar! ¡Cuántas tentativas infructuosas las primeras palabras que balbucean sus labios! Y es que se hace necesario, abrir las vías y asociar los grupos celulares, de cuya asociación ha de disponer la voluntad, cuando las impresiones internas y externas por un lado, y los movimientos reflejos y automáticos por otro, tallen, digámoslo así en las pleyades celulares de la corteza cerebral, las imágenes resultado de su acción.

Por debajo de estas corrientes, allá en las sombras de la inconsciencia, existen otras, no por obscuras de menor potencialidad, expresión del estado de salud ó de enfermedad, de robustez ó debilitación de nuestros órganos y tejidos, aportadas por ese sistema nervioso de modestas apariencias pero de capital importancia en nuestra normal hígidez, base de nuestra cenestesia, y cuyas impresiones cuando pasan los umbrales de la conciencia, en la enfermedad mental ó en las grandes catástrofes orgánicas, se sobreponen á todo motivo consciente y racional, dominando nuestro espíritu y arrastrándonos con la vehemencia de la necesidad. Aun prescindiendo de estas gravísimas crisis, y como muestra de su normal influencia en nuestro modo de ser habitual ¡que diferencia, entre los arrojados desinteresados, temerarios y altruistas de la juventud y su concepto sonriente de la vida; la prudente reserva de la edad madura, y la desconfianza y egoismos de la vejez! Dentro del mismo periodo de la vida ¡enjuiciamos y obramos de igual modo, cuando nuestra nutrición se hace con regularidad, que cuando un ligero encharcamiento del hígado, del que no tenemos conciencia, la perturba siquiera sea pasajera y levemente? Y ya que de esos nervios de la vida vegetativa hablo, permitidme recordar por su importancia el gran influjo que ejer-

cen sobre nuestra emotividad y pasiones, activando ó deprimiendo la vitalidad funcional y nutritiva de las vísceras que como el corazón, los pulmones y el cerebro, tan grande papel juegan en aquellas afecciones del espíritu.

Toda excitación de nuestros sentidos de suficiente duración é intensidad, además del conocimiento que nos da de lo exterior á nosotros, tiene una tonalidad digamoslo así, que nos impresiona agradable ó desagradablemente, según el estado de los órganos sensoriales ó del sistema nervioso central ó periférico. Estas dos nociones son ya inseparables en el curso de nuestra vida psíquica, supuesta siempre dicha normalidad, tanto más, cuanto sea más frecuente su repetición, y sirven de base para formar estados de conciencia y mecanismos de recordación, capaces de suscitar posteriormente en nuestro espíritu, estados afectivos. Entre la impresión actual y la recordada hay la diferencia de la mayor intensidad de aquella. Es sin embargo muy cierto, que las impresiones recibidas en la niñez y en la juventud, se nos representan más vivamente y con mayor placidez, no por ellas mismas, sino por su asociación con otras, agradables siempre, en virtud de las circunstancias en que el individuo se encontraba y cuya repetición es imposible.

Las ideas nacidas en nuestro espíritu ocasionalmente por los sentimientos, sensaciones y percepciones, de las cuales son digamoslo así, un espiritual desarrollo, influyen de una manera poderosísima, como motivos de actos ó abstenciones voluntarias. No todas tienen igual valor desde este punto de vista; cuanto más relieve les presta nuestra afectividad, tanto más decisivas son en nuestra conducta.

Las concretas y en especial si próxima ó remotamente, se relacionan con nuestra existencia presente ó futura, son de todas las ideas las que más nos conmueven, y sirven de guía en nuestras determinaciones y resoluciones. En su formación intervienen dos clases de imágenes; unas meramente sensoriales, y otras sensitivo motrices. Así, las ideas de distancia y tamaño, nacen de las inducciones que casi inconscientemente hacemos sobre las sensaciones musculares suministradas por el grado de tensión de los motores de los ojos y del de acomodación á la distancia. La idea de la posición que ocupa un miembro en el espacio, movido pasivamente y cerrados los ojos de antemano, depende de la sensibilidad de las articulaciones, músculos y tendones.

Formando parte de nuestras ideas concretas, estas dos nociones sensoriales, si su reproducción es exacta, se compondrá también de ambas, sensitiva y motriz, mas su tonalidad, antes indicada, despertando en nuestro espíritu su antiguo afecto y los sentimientos con este relacionados. Si á esto añadimos la previsión de los bienes ó males que nuestros actos nos han de reportar ó á nuestros semejantes y el placer ó dolor moral que anticipadamente experimentamos, tendremos un bosquejo del modo de obrar esta clase de ideas como motivos de acción.

Las abstractas, de mera relación de ideas, tienen gran importancia desde el punto de vista intelectual, por lo que facilitan el adquirir nuevos conocimientos, y su ordenada estivación en nuestro espíritu, aumentando lógicamente las relaciones que las unen y ayudando poderosamente á su asimilación intelectual y á su reproducción consciente. Como motivos de actos son poco eficaces, tanto menos cuanto más generales son. ¿A quien conmueven las grandes abstracciones filosóficas ó científicas?

Un ejemplo de la verdad de aquella afirmación, nos lo da la psicología de las muchedumbres, en el sentido que Gustavo le Bon da á esta palabra. Estas, son por si mismas irreflexivas, facilmente sugestionables: el orador que las arengue con calor, empleando en su discurso imágenes concretas, casi tangibles, y que halaguen la pasión dominante en la multitud, aunque sea falso é irracional cuanto diga, se hace dueño de todas las voluntades y conduce á su auditorio á modo de rebaño, sea á escalar los más altos puestos, sea á morir en defensa de la pasión que la anima.

Con razón se ha dicho, que nunca las máximas de la filosofía endulzarán las amarguras del pueblo: y yo añadiría, ni aun las de los intelectuales, como no esten poseidos previamente por la idea.

Es condición de vida para todo estado interior consciente, sea sensitivo, intelectual ó motor, la atención que prestemos á su existencia, atención que normalmente y excepto en determinados casos, podemos fijar ó no fijar según nuestra voluntad. Puede considerarse, respecto á la conciencia, como la parte muscular del ojo, respecto á la retina: una y otra, dan á las imágenes claridad suficiente para la percepción y apercepción.

Dos distintos mecanismos podemos reconocer en la atención:



por el uno, los estados de conciencia tienen mayor duración ó intensidad; mediante el otro, no llegan á nuestro yo, las impresiones procedentes del exterior ó del interior, aislándonos de todo, y dejando á la idea el campo libre de competencias, y por ambos, nuestros estados de conciencia adquieren mayor vivacidad, arraigándose en nosotros más profundamente. En los casos patológicos, entran en juego ambos mecanismos para originar la fijeza de una idea, que no permite la entrada en el campo de la conciencia y por tiempo suficiente, á ninguna otra como no esté relacionada con aquella, y sirviendo como de núcleo de cristalización de ideas para la sistematización de los delirios.

Dentro de lo normal cabe la auto sugestión voluntaria de una idea prestándole tal poder, que logre la suficiente intensidad para suscitar verdaderas imágenes ó manifestaciones sensitivas. Numerosas experiencias comprueban lo que acabo de decir, desde la tantas veces repetida de Hack Tuke, hasta la verificada poco tiempo ha, por un experimentador norte-Americano, en un salon lleno de gentes con el pretesto de averiguar cuanto tiempo tardaría en impresionar la pituitaria de los asistentes al acto, una cierta esencia cuidadosamente guardada en una botellita. El resultado fué, experimentar la sensación olfatoria todo el concurso, cuando la esencia no era otra cosa que agua destilada.

La proposición inversa á la enunciada, es tambien verdadera: estados de ánimo dolorosos, inquietudes, pérdida de seres amados, dolores físicos, accesos de sofocación etc, pueden ser vencidos y desaparecer de la conciencia, haciendo surgir por esfuerzos de atención, otros diferentes y aun opuestos á los primeros.

En el orden puramente moral, hablaban ya del procedimiento Pascal y Cubanis; en el psicofísico Zimmerman aseguraba por «propia experiencia» que aun las crisis más fatigosas podían endulzarse y aun hacerlas desaparecer, consiguiendo distraer «la atención y fijándola en otro asunto». Kant sujeto á frecuentes ataques de fatiga de naturaleza gotosa, les hacia cesar engolfándose en sus arduos problemas filosóficos. En nuestros dias, se cuenta de un médico y profesor ilustre, que atacado de penosa enfermedad, logró mitigar sus sufrimientos y hacerlos desaparecer por algun tiempo, escribiendo la inspirada música de una Misa de Requiem, muy celebrada por los inteligentes.

El éxito en estos casos, depende, del tiempo, de nuestra

constancia y del método que usemos para sustituir unos estados de conciencia por otros.

El carácter es como el compendio de nuestra personalidad y verdadera expresión de la predominante entre las distintas tendencias que en cada individuo existen. Es el resultado de causas muy complejas, muchas de ellas poco conocidas, pero arraigadas en lo más íntimo de nuestro ser orgánico y psíquico. La herencia de familia y la de raza, el país y el clima, el predominio de tales ó cuales sistemas ó aparatos orgánicos, la educación y la familia, el medio moral en que nos hallamos cuando somos conscientes de nuestra existencia y aquel otro que el azar ó nuestra elección nos deparan, etc. etc: tales son las principales causas que modificándose recíprocamente por su actuación prolongada y simultánea, engendran esas tendencias naturales de cada individuo á accionar y reaccionar de un modo propio.

Teóricamente y desde un punto de vista puramente intelectual, el carácter aparece invariable é innato: desde otro práctico, esa unidad es mero idealismo. Las tendencias resultantes de nuestra cenestesia, se modifican según las variaciones de esta como hemos visto anteriormente, aunque entre todas exista cierta convergencia, que aun dista bastante de la unidad. Sería (y permitidme la metáfora) como haz luminoso, que por defecto de construcción en los medios refringentes del ojo, formara el foco ó imagen más allá ó más acá de la retina.

Si esta etapa en la evolución del carácter humano, la completamos con su inmediata superior la inteligencia, el problema se complica más y aquellas tendencias llamemoslas instintivas, son susceptible ya, de una modificación mayor y más en consonancia con las prescripciones de la razón y de la moral.

Que el hombre primitivo, el salvaje y el niño sean más impulsivos que reflexivos, es natural y lógico: ni los mecanismos de la acción ni los de la inhibición están en ellos suficientemente desarrollados: el conflicto que surge en la conciencia cada vez que hasta ella llegan motivos antagónicos de acción, con su cohorte de otros estados conscientes á los primeros subordinados, no tienen suficiente potencialidad para la detención del acto, y en ellos (los niños y salvajes) no determina más que la necesidad ó el placer del momento.

Acaso se me objete que entre los hombres civilizados pasa

algo muy parecido. Negando la equivalencia preguntaría yo á mi vez ¿se ha tratado de cultivar la voluntad? ¿Se hace algo en nuestros establecimientos de enseñanza, para que se revelen la personalidad y el caracter del educando.

Ni en el hogar ni en la clase (sea cualquiera el grado de la enseñanza y dejando aparte honrosas excepciones) se busca otra cosa sino que el jóven aprenda consciente ó inconscientemente lo que otros han trabajado y descubierto, sin enseñarle los modos de ser él también, intelectual útil á la ciencia, á la patria y á la humanidad? Se le muestra una larga via, limitada á derecha é izquierda por numerosísimos edificios rotulados ya, y cuyos detalles de construcción y ornamentación ha de retener en la memoria por un ligero examen, y al final de esta larga calle se le deja al raso, para que por sí y en virtud de sus recuerdos, construya el que más le plazca. ¿No sería más conveniente enseñarle á manejar con destreza los diversos instrumentos que ha de usar, instruirle en las diversas combinaciones de que son susceptibles los materiales de que ha de servirse para que su obra resulte más sólida y bella, y después de estos conocimientos previos mostrarle lo que se haya hecho de más saliente en aquel arte por los grandes maestros? Y cuéntese que todo esto solo serviría para revelar el lado intelectual del individuo.

Creo con Ribot que lo menos organizado, es decir lo que el individuo adquiere por sí mismo en el trascurso de su vida, tiene menos poder sobre sus actos, que esas otras corrientes constituidas por tendencias, deseos, sentimientos etc. que son expresión más directa de la constitución íntima, fisiológica y psíquica, y sobre las que ejercen notable influjo las leyes de la herencia. Pero creo también que se deba en gran parte nuestra falta de poder sobre esos motivos á graves deficiencias en una racional gimnasia de la voluntad.

Esas tendencias, deseos y sentimientos (hecha excepción de los casos patológicos) son susceptibles de corrección si se encauzan desde los primeros años de la vida. Y buena prueba de ello puede suministrarnos el ejemplo de los estóicos adiestrados en la escuela de Zenon, menospreciando el dolor, como indigno de que un filósofo le hiciera caso; y si se me objetara que habia en su conducta cierto orgullo de Escuela, citaría el ejemplo de la educación de todo un pueb'o, Esparta.

Desde otro punto de vista, el hecho estaría en contradicción con todos los demás de la biología. Está probado que todo germen se desarrolla ó no, según le sea favorable ó adverso el me-

dio en que se coloque; y aun en uno adecuado, pequeñas variaciones en su composición, determinan modificaciones más ó menos acentuadas en la morfología y propiedades del nuevo ser.

Por otra parte, abundan los ejemplos de profundas modificaciones del carácter en virtud de otras orgánicas algo duraderas. Una neuralgia aunque sea poco intensa, si se repite en cortos intervalos, cambia el carácter más dulce, en agrio y violento; una congestión crónica del hígado, con sus trastornos digestivos, en la asimilación y depuración, transforma al más alegre en misántropo: una defectuosa nutrición nerviosa, acarrea prontamente los padecimientos físicos y morales de la neurastenia: la falta de conveniente desarrollo de fuerzas ó de nuestro absoluto dominio sobre los músculos, dan al carácter timidez y sentimientos de impotencia y debilidad de espíritu.

Faltan sí, á la ciencia muchas y detalladas observaciones acerca de las relaciones (que prevemos en bastantes casos) entre el predominio de determinados órganos ó sistemas y el carácter, así como de la clase de medio físico y moral en que vive el individuo la educación que ha recibido y su modo de reaccionar á los excitantes del exterior ó del interior.

Finalmente si el carácter fuera innato é inmodificable, vana fuera toda educación: lo lógico sería en tal caso dejar á cada cual entregarse, ó á sus debilidades y miserias ó á las misteriosas impulsiones del genio, fuerzas en ambos casos superiores á todo mandamiento racional de la voluntad, y sustituir la educación por una instrucción esmerada é intensiva.

Faltaría muchísima moralidad, y tal vez la ciencia escaseara por falta de cerebros.

## II.

Hecha esta breve excursión que tan benévolamente me habeis permitido, por los dominios de la psicología fisiológica, llegamos á la parte práctica de este trabajo, fundada en gran parte en el camino ya recorrido.

Hemos visto que la voluntad, tiene sus raíces en la sensibilidad, se pueden modificar sus impulsiones, mediante una acertada aplicación de ciertos procedimientos, que son modos ó formas de la inteligencia, dando preponderancia á motivos psíquicos que naturalmente no la tienen, y debe encaminarse á obrar en consonancia con los preceptos de la moral y en provecho del individuo y de la sociedad de que forma parte.

Ahora bien, la sensibilidad en su evolución tiene una parte



meramente orgánica y sobre ella podemos actuar por medio de diversas prácticas que conducen á un armónico desarrollo de nuestro órganos y del sistema que los enlaza y regula su funcionalismo, el nervioso, el cual sirve de substratum á las manifestaciones del espíritu, y cuya perfecta integridad es necesaria a las operaciones de este.

Además de las sensaciones externas é internas, y la constitución psíquica y orgánica, tenemos como elementos primarios impulsivos á la acción, las tendencias, deseos y sentimientos, fundados parcialmente en el estado de aquella sensibilidad, que expresarian el grado de sensibilidad moral del individuo, y susceptibles mediante apropiada educación de un desarrollo mayor ó menor.

Un ligero análisis de aquellas prácticas y estos medios, en el niño y en el adulto completarán este bosquejo.

En el niño está contenido virtualmente el hombre: sus tendencias, sus aficiones y sus deseos, son otras tantas indicaciones de lo que será en el porvenir, y estudiarle en esos detalles, nimios para la observación vulgar, de primer orden para la verdaderamente científica, es preparar los caminos que el nuevo hombre ha de recorrer, y ponerle en condiciones de que por sí mismo allane las dificultades y aparte los obstáculos que forzosamente han de oponerse á su paso. La educación debe ser el aprendizaje de la vida, y encaminarse á que el niño antes de perder a sus custodios, ejercite sus facultades para obviar por sí, las penalidades á la vida anejas, y enseñarle á sufrir (atenuadas) las consecuencias de sus actos.

La higiene física del niño puede resumirse desde nuestro punto de vista en tres órdenes de consejos principales: respirar aire puro, prodigar los cuidados de limpieza, y favorecer sus movimientos y ejercicios.

La frecuente estancia en el campo y en sitios elevados, da al pulmón la mayor cantidad de aire puro, libre de microorganismos (según Miquel, el aire de la calle de Rivoli en Paris, alberga por metro cúbico, tres mil cuatrocientas ochenta colonias de bacterias, el del parque de Montsouris, cuatrocientas ochenta y el aire puro de la montaña una sola bacteria) y de residuos orgánicos é inorgánicos. Respirar aire puro á pulmón lleno equivale á nutrirse, á que se ejecuten las oxidaciones orgánicas en toda su plenitud: á que en la intimidad de nuestros tejidos no queden residuos, impurezas, que acumulándose lentamente, son el núcleo de esos grandes enemigos de la humanidad, que se llaman la escrófula y su pariente

próximo el tubérculo, el reuma y el raquitismo, todas las formas en fin, de esa debilidad orgánica, ante sala obligada de las múltiples formas de la infección y de casi todas las dolencias humanas.

A la acción del aire puro, unese en el campo la benéfica influencia de la luz solar, la gran purificadora de la atmósfera, el insustituible excitante de la nutrición, el gran químico de nuestro globo; quien da á nuestra piel la coloración de la salud, y presta sus energias al esfuerzo de nuestros músculos, y reflejándose en los objetos exteriores permite á nuestros ojos su normal función de ver, á nuestro espíritu adquirir multitud de conocimientos y á nuestra afectividad extasiarse ante las bellezas de la naturaleza y del arte.

En las grandes poblaciones existe la inmejorable costumbre desde el punto de la higiene del cuerpo y del alma, de pasar en el campo los dias festivos. Obligales á ello la estrechez de las habitaciones, la acumulación de seres humanos en las casas, y acaso también hábitos inveterados. Por mi parte haria obligatorias estas costumbres, sanas para todos y en especial para los niños, y mediante juegos variados les obligaria á estar todo el tiempo al aire libre.

Aun para satisfacer la imperiosa necesidad del sueño, y adaptandose á las exigencias de orden económico, debemos elegir para dormitorio la habitación más capaz de la casa, la más ventilada y á ser posible la más visitada por el sol. Temed más, ¡oh madres! al aire confinado, que á los enfriamientos, casi siempre evitables.

No hablaria de la alimentación, sino tuviera que condenar un error y un abuso muy extendido entre las clases acomodadas; el de dar á los niños unas comidas muy recargadas de carne y grasas, ereyendo proveer asi, á su mejor nutrición. Sobre no ser proporcionadas á las fuerzas del estómago infantil, les es perjudicial: alimentos más sanos y adecuados son entre los de procedencia animal la leche y sus derivados y el huevo, asi como entre los vegetales los guisantes, garbanzos, patatas y amilaceos, muchas legumbres y todas las frutas sazonadas. La alimentación casi exclusiva con carne priva al niño de la ración de cal que necesita para el desarrollo de sus tegidos, y limita la de glucosa, aun más necesaria. Cuidar del buen funcionamiento del estómago en los niños, es, no solo ahorrarles muchas enfermedades, sino tambien evitar un desperdicio de energias, cuyas consecuencias son deprimir la actividad nerviosa y la nutrición de los elementos de este sistema,



trastornos que son punto de partida de neurosis que aunque puedan ser leves en sí, implican un desarreglo cuyas consecuencias pueden hacerse ostensibles después de algunos años.

Aun más nociva es la práctica de darles en las comidas, vino y otras bebidas alcohólicas, con el fin de ayudarles á digerir y fortalecerlos. Verdaderamente funestas, son para todos los organos, las consecuencias de la ingestión habitual de esta clase de bebidas (en relación con la cantidad de alcohol que contengan, y del puesto que este ocupe en su serie) pero es necesario tener presente el mal efecto que ejercen sobre la parte intelectual afectiva y volitiva del hombre. Aun los niños amamantados por nodrizas viciosas, se hacen nerviosos, de mal caracter, duermen poco y lloran con gran facilidad. Un exceso en las bebidas espirituosas por parte de la nodriza ó su embriaguez, van seguidas en el niño de ataques convulsivos.

De todos modos basta á nuestro propósito recordar dos hechos: 1.º que los habitos inveterados son casi siempre inmodificables y 2.º que el alcohol y el opio son dos venenos que paralizan la voluntad.

Si bien en menor escala que los alcohólicos, perjudican y debe proscribirse á los niños la ingestión diaria de café, té y bebidas estimulantes, pues toda excitación nerviosa va seguida necesariamente de un periodo de depresión proporcional al anterior.

La limpieza es condición necesaria de toda vida exenta de achaques y alifafes. En los primeros dias los dos motivos que normalmente excitan la protesta del niño, son el hambre y la suciedad. Es necesario engendrar en los pequeños, hábitos de limpieza: el baño ó la ablución diaria á la temperatura natural del agua puede contrariarles las primeras veces pero después se hace para ellos una verdadera necesidad.

La limpieza de la piel y el arrastre de las escamas epidérmicas es el primer efecto apreciable: á la primera impresión producida por el contacto del agua fresca ó fria, sigue la reacción con un ligero enrojecimiento y calor agradable, que hace más llevaderas las temperaturas bajas y al individuo menos sensible á los cambios atmosféricos. Además de una mayor igualdad entre las temperaturas central y periférica la exhalación cutánea se encuentra favorecida, así como la eliminación de ciertos productos de desecho, que de no hacerlo por esta via, recargarían la función eliminadoras de los riñones.

Por medio de los baños podemos obrar sobre la circulación

de los órganos internos modificando indirectamente su actividad funcional y su nutrición. Entre los modificadores higiénicos del sistema nervioso ninguno tan importante como el de que venimos tratando, regulariza como se ha indicado su riego sanguíneo, mientras que actuando sobre las diversas terminaciones sensitivas ó sean sus aparatos naturales de excitación, estimula su funcionalidad y la tonifica al par que por el hábito modera las impresiones desagradables haciéndolas indiferentes. Pero como la estimulación de los aparatos terminales provoca la descarga en la fibra y neurona correspondiente y además por inducción, en las que se hallan en relación con la primeramente excitada, de aquí la mayor actividad de los diversos centros ganglionares, medulares y esféricos, y su consecuencia, una mejor disposición del carácter del individuo. Sabido es que el mejor antídoto contra la pereza es una ablución ó baño fresco.

Los movimientos todos del niño deben favorecerse en cuanto sea posible y no estorbarlos con vestidos que á la vez que comprimen y molestan y deforman, son un obstáculo á la acción muscular. Desde los primeros meses de la vida, el niño ejecuta sus movimientos reflejos y automáticos, con una volubilidad y placidez demostrables en su carita alegre y expresiva: son los primeros ensayos de la futura personalidad consciente, y de los cuales saca su espíritu la intuición de los diversos movimientos, quedando sus imágenes digamoslo así, grabadas en la textura misma, de los centros encéfalo medulares.

El primer efecto del ejercicio se marca en los mismos órganos que funcionan: nutrición mayor, aumento de circulación y calor, y una cantidad de residuos más abundante y cuya presencia se nos hace sensible por la fatiga, que resulta de la acción de estos residuos ó desechos nutritivos sobre el sistema nervioso, al que es necesario acostumbrar á estas impresiones, por una especie de mitridatismo; graduando el ejercicio. Al aumento de función de los músculos, responde la mayor actividad respiratoria: el aire entra y dilata alveolos pulmonales que durante el reposo apenas toman parte en esta función: consecutivamente la jaula torácica ensancha sus diámetros. También el corazón se tonifica aumentando la circulación. Por otra parte la actividad muscular engendra ondas sensitivas retrógradas, que despiertan la inervación y tonifican el sistema nervioso en totalidad.

Después de un ejercicio al aire libre y proporcionado á las

fuerzas del sujeto, la sensibilidad interna hace llegar á la conciencia sensaciones agradables, que se nos manifiestan por ese sentimiento general de bienestar y placidez, la alegría del vivir que dice Monlau, que predispone á pensar bien y que pudiéramos considerar como la satisfacción que proporciona un deber cumplido respecto á nuestros órganos.

El descanso es un nuevo placer que nos proporciona el trabajo muscular ó intelectual, y que sin él no sería otra cosa que ociosidad. Durante el descanso los órganos que han funcionado se descargan de los productos tóxicos originados en ellos por su mayor actividad. Pero el más reparador de todos, lo proporciona un sueño tranquilo y prolongado. Durante él, la respiración disminuye de frecuencia casi en una cuarta parte, los movimientos, inspiratorio y expiratorio son más lentos y menos amplios, disminuyen también de frecuencia los latidos del corazón, y de intensidad la absorción y las oxidaciones nutritivas. Una vez repuestas las pérdidas y en virtud del ritmo propio á todas las funciones vitales, normalmente por influencias de la luz y del ruido, el sueño deja su puesto á la vigilia.

Aunque los niños necesitan más horas de sueño que los adultos, deben acostumbrarse á dejar la cama en cuanto se despiertan. Ocorre, que la inagotable bondad del corazón materno, permite á sus hijos emperezarse en la cama, queriendo prolongar su descanso.

Lo menos malo que puede resultar de esta condescendencia son hábitos de inercia y abandono, que persistirán toda la vida y que poderosamente influyen en la falta de energías volitivas, pues la verdadera fuerza de voluntad consiste más en pequeños esfuerzos diarios, sostenidos durante largo tiempo en una dirección dada, que en un esfuerzo enérgico y como espasmódico, que dura un momento y no vuelve á repetirse, forma engañosa de debilidad volitiva.

El sueño excesivo no solo no contribuye á la reposición de las fuerzas, si no que las agota. Conozco entre otros á un dormilón, que cuando se levanta después de mediado el día, va desplomándose de silla en butaca, bostezando, de malhumor, y tratando de desentumecerse á fuerza de desperezos: cuando se le pregunta dice con frase gráfica, que está entonces descansando del dormir. En efecto, análogas son las sensaciones de malestar y fatiga que después de un trabajo penoso. Es la fatiga del holgar.

No menos reprehensible es la costumbre de amedrentar á los

niños con cuentos terroríficos, ó apelar al auxilio de seres imaginarios para obligarles á estarse quietos ó hacer alguna cosa.

El miedo es desgraciadamente sentimiento bastante extendido y temible para que voluntariamente lo fomentemos. Las impresiones capaces de despertarlo no se olvidan jamás y hombres valerosos, que han visto la muerte frente á ellos sin inmutarse, han temblado cuando en el curso de su vida se han encontrado en circunstancias análogas á las que le provocaron miedo de niños.

Los organos que padecen por efecto de él, son casi todos centros de vida.

Los vasos perifericos se contraen, de donde resulta la palidez y el frio; el corazón después de detenerse un momento, late más fuerte y precipitado; la respiración después de una profunda inspiración aumenta de frecuencia y no tarda en hacerse jadeante; los músculos no obedecen las órdenes de la voluntad y el temblor se apodera del individuo; el movimiento intestinal se activa, así como se contraen las fibras musculares de la vejiga de la orina, expulsándose esta involuntariamente. El miedo perturba el uso de los sentidos originando ilusiones sensoriales: la memoria se pierde, el juicio se debilita y la voluntad queda anulada.

Por no alargar más este trabajo no cito hechos prácticos; baste saber que una impresion terrorífica puede originar enfermedades graves y de larga duración y ser causa algunas veces de una muerte súbita.

Preciso es confesar que un niño sujeto á las prescripciones higiénicas mencionadas, con ejercicio diario al aire libre y en buenas condiciones de desarrollo físico, tiene muchas menos probabilidades de sentir miedo, que otro que se críe constantemente entre las faldas de su madre. La debilidad engendra el miedo: un sistema muscular que se ejercita, unos nervios que mandan y una voluntad aunque solo sea sensitiva, que es dueña de ambos, dan alientos al espíritu, por la conciencia que el individuo tiene de sus fuerzas y resistencia.

No permitir la conseja, el cuento ó el espectáculo que impresionen vivamente la imaginación del niño y que se reproducen centuplicadas en sus ensueños; no intimidarle por cualquier motivo, ni excitar su sistema nervioso con el estudio y la escuela antes que su organismo sea fuerte.

¿Será más práctico hacer burla de sus temores?—Tiene esto el peligro de deprimir el sentimiento de su personalidad.

Es preciso no dar importancia á los temores del niño, aparentar que se ignoran y hablar ante él y en términos generales de lo dañoso del miedo, de sus fatales consecuencias, de la falta de motivos racionales en la totalidad de los casos; y el ejemplo y la ayuda. Supongamos el caso muy frecuente, del pavor que dá á los pequeños entrar á una habitación solitaria de noche y sin luz: en las primeras veces debe acompañarles una persona adulta, y hablarles con naturalidad, sin alusión á sus temores, y hacerlo repetidas veces hasta que su convencimiento le anime á entrar solo. También es peligroso pretender á viva fuerza que desde los primeros momentos pierdan sus aprensiones. Si alentais al niño y aun le suponeis incapaz de sentir miedo, es muy probable que no le sienta ó se sobreponga á sus temores para demostraros que no defrauda vuestras esperanzas.

Los cuidados y los mimos que se exageran tienen además otros inconvenientes: en primer lugar, desde un punto de vista orgánico, exacerban la sensibilidad física, y cualquier pequeño accidente, una caída, un golpe etc. de escasa importancia, se le da y muy grande, y motiva que todos los de la familia se agrupen alrededor del pequeño tirano, y mientras unos le prestan asíduos cuidados y quieren quitarle el dolor á fuerza de besos no falta alguien que castigue al suelo ó á los muebles, haciendo surgir en aquel cerebro, ideas de venganza.

Es preciso considerar en el niño actual al hombre de mañana y sin dejar de prestar á la infancia los cuidados y atenciones que merece, endurecerla para la lucha, atenuar los efectos morales y físicos que de ella han de resultar.

¡Tenemos todos, aun los favorecidos por la suerte, que sufrir tantos golpes y descalabraduras físicas y morales, que bueno es ir aprendiendo desde niños lo que es el dolor, y moderando nuestra sensibilidad, á las inclemencias de cuanto nos rodea!

Por otra parte ¿no son la contrariedad y el dolor los mejores maestros en la vida práctica? Ellos corrigen nuestras inclinaciones, y nos muestran en toda su desnudez los efectos de ellas; modifican nuestras ideas y sentimientos, y educan nuestra voluntad.

La exageración en los cuidados á los niños, á más de exasperar su sensibilidad, fomenta en ellos dos inclinaciones funestas: la tendencia á la cólera y la envidia.

El niño muy agasajado se posée de su papel y engreído por su valimiento, no pide, exige cada día un nuevo favor y una

distinción nueva, conceptuando á sus iguales como inferiores, y á los criados como esclavos, y termina por hacerse insoponible á su misma familia.

La repetición de actos; pronto engendra el hábito, que una vez establecido será muy difícil de vencer, y una sospecha, una mirada, una ligera distracción, son motivos bastantes para suscitar un acceso de cólera.

Ved al niño, rojo, con las venas de la frente y cuello dilatadas, los ojos brillantes, inyectados, vertiendo escasas lágrimas al principio, con los puños cerrados y amenazadores, ó apretándolos contra sus ojos; si no araña al que se lo acerca vuelve sus sonrosadas uñas contra sí: su voz está alterada; su palabra balbucente y chillona ó sus inarticulados gritos, asemejan el comienzo de la epilepsia; las alas de la nariz dilatadas cuanto pueden, aun parecen dejar poco espacio para sus frecuentes inspiraciones interrumpidas por penosos suspiros. Cubierto de sudor, jadeante, pataleando; el tiempo, la abundancia de las lágrimas y los reflejos á que el niño se entrega, calman con lentitud, crisis tan rápidamente estallada.

Preciso es huir de los dos extremos que conducen al mismo efecto. Hay padres, que demasiado celosos de su autoridad, ó queriendo imponer por la fuerza su capricho al de sus hijos; contrarianles en cuanto piden ó desean, y conceden después lo que antes negaban. Consiguen de este modo hacerles coléricos en la forma diferida de esta pasión, el rencor; cortan la confianza respetuosa que debe hacer al padre el mejor amigo de sus hijos y le hacen perder parte del cariño de estos; ó si son bondadosos anula su iniciativa, contribuyendo á formarles un carácter débil y amorfo.

Ni el halago ni la contrariedad por sistema: condescender con los deseos y gustos racionales del niño: negarse desde el principio y siempre á complacerle en cuanto no le convenga ni responda á una necesidad de la naturaleza infantil, explicando sencillamente la razón de nuestra negativa. Acaso alguna vez sea preferible conceder algo inútil, y á cambio de esta condescendencia, privarles de algún capricho relacionado con la concesión primera, para hacerles sentir practicamente las consecuencias de sus actos, por ejemplo de los gastos inútiles, que bien aplicados, no solo satisfacen verdaderas necesidades de la propia existencia, sino que sirven tambien para aliviar la mala situación de otros niños que carecen hasta de lo estrictamente necesario para la vida. Si sois ricos haced que vuestros hijos se asocien con los de los pobres, á vuestra vista:

que se establezcan lazos de fraternidad entre todos los humanos, y que esos lazos se anuden en los primeros años de la vida, y además de llenar el vacío que se advierte entre las diferentes clases sociales, combatireis otro feo vicio, la vanidad y la ostentación en el vestir, achaque más común de lo que parece, especialmente entre las niñas.

Se ha atribuido al amor propio, el conducir prontamente á la cólera, pero á mi juicio no es exacto. Es el amor propio bien entendido y rectamente educado, el resorte más poderoso de todas las acciones humanas y en este sentido debe ser cultivado. No entiendo por amor propio, el egoísmo, que todo lo dirige al propio engrandecimiento, y para quien parece se escribió aquella célebre máxima atribuida á Maquiavelo y á otros: «el fin justifica los medios». La propia estimación es en último término, la conciencia que el individuo tiene de sus fuerzas y facultades, y se hace necesario que esa conciencia sea justa, y hacer esa fuerza, de por sí egoísta, social. El niño comienza amando y respetando á sus padres y especialmente á la madre, porque de su seno ha recibido el alimento; ella le ha comunicado su dulce calor, le ha aseado y hecho experimentar con el placer físico de su contacto, el de sus caricias: ella es la que vela su sueño y disipa sus temores, y mediadora entre la autoridad inapelable del padre y las travesuras del hijo, puede mitigar los rigores de aquella autoridad.

Es justo, que sea la madre para sus hijos, representación viva de Dios misericordioso, y compendie en su vida todos los amores en cuanto tienen de puro y noble y desinteresado. Cuanto los padres dicen es artículo de fé para los hijos, y á ellos procuran imitar en sus actos y conversaciones, desarrollándose en terreno tan bien dispuesto, los gérmenes que en él se depositen.

Si los padres encomian las gracias y talentos de sus hijos; si les estimulan celebrando su traje su hermosura ó su disposición, siembran los gérmenes de la vanidad ó del orgullo, tendencias que se desarrollarán una ú otra, según la naturaleza de cada individuo y su constitución física y mental. Pero si se hace comprender con la razón y sobre todo con el ejemplo, que la responsabilidad ó el mérito solo existen en las obras que por nosotros mismos ejecutamos voluntariamente, destruimos de una vez los gérmenes de una petulante vanidad. Es necesario además, inculcarles el sentimiento de la propia dignidad: debemos si, trabajar por nuestra propia cuenta, pero empleando medios lícitos, que no depriman la dignidad aje-

na, ni nos rebujen á nuestros ojos ni ante la consideración de los demas. Apreciar lo que hay en nosotros de estimable y superior: los sentimientos de justicia y generosidad, la inteligencia, las buenas acciones, la honradez, la virtud y el trabajo. Quien así estima el propio decoro, respeta igualmente el ajeno.

Las exageraciones del amor propio, demasiado frecuentes por desgracia constituyen el egoismo. El egoista va derecho á su fin; presumiendo de superioridad, desdeña á los demas hombres, ó los considera materia explotable para su negocio, y en tal de encumbrarse, le importan poco los medios.

Sus dos variedades el orgullo y la vanidad, tienen este fondo comun, solo que esta se paga de las apariencias, y el orgulloso solo se satisface por las realidades.

La envidia es la pasion de los débiles y de los mimados. Generalmente se inicia en los primeros años de la vida, y la sienten los hermanos mayores hacia los últimamente llegados al seno de la familia, por que les privan de las distinciones y afectos que creen merecer exclusivamente. Más adelante cuando el niño frecuenta la escuela, ó se reune con otros compañeros, no es raro que vuelva á sentir los punzantes efectos de tan mezquina pasion. Revela la apreciacion por el envidioso de la superioridad ajena y de su falta de energias para llegar á la altura del envidiado.

En los individuos enérgicos y bien conformados psíquicamente, esa apreciación origina el deseo de igualarse con el afortunado, y esta emulacion trae consigo ventajas evidentes: el niño estima y es amigo del que reconoce como superior, al mismo tiempo que le imita y procura superarle.

No es raro que el organismo del envidioso se resienta de la mezquindad de sus sentimientos, y el adelgazamiento, la palidez, la desgana de comer, la pereza digestiva, y la tristeza continua hacen perder al niño la calma y el gusto para toda distracción, le conducen á un estado de pobreza orgánica, que sino se remedia pronto, es facil termine por la muerte. A veces, la envidia es causa de actos dirigidos al daño material; y conozco varios casos no solo de arañazos y pellizcos, sino de un intento de sacarle los ojos un niño á su hermanita menor mientras dormia.

Aparte del empleo ya mencionado de medios que robustezcan el cuerpo y en estos casos, de una ocupación activa y variada que entretenga la actividad del niño y desvien en otro sentido su atención, es necesario que el cariño paterno sea vi-

gilante para ser justo y equitativo. Es bastante una palabra, una demostración por insignificante que sea, para suscitar en el ojo vigilante y observador del niño, los celos y el rencor hacia quien suponga preferido. La separación del hermano se impone, si á pesar del aparente desvío de los padres, continua provocando celos en el otro, y en tal caso además del tratamiento médico, debe en términos generales afearse con dulzura la conducta de los que sienten tristeza por el bien ajeno, y mostrarles las consecuencias de tan ruin pasión.

Ella es una de las principales causas de separación de la familia; de rencores y mal disimulada aversión entre los hermanos y atentatoria contra la primera agrupación humana, la más natural de todas y sobre la que ha de construirse todo el edificio social.

Es en los padres el amor á los hijos tendencia instintiva impuesta por la Naturaleza; ciegamente desarrollada en las hembras de los animales y que solo dura el tiempo indispensable para que los hijos puedan atender por ellos mismos á su conservación. En nuestra especie, el amor paternal apenas esbozado en las aves y desconocido en gran parte de los mamíferos, alcanza toda su plenitud. La razón modificando al instinto hace que la familia logre una extensión única en el mundo. Contribuyen á estos resultados: la mayor duración del periodo de crianza; la vida bajo un mismo techo, el satisfacer en comunidad ciertas necesidades nutritivas, el cambio de ideas y sentimientos entre los que la constituyen y esas mil acciones diarias insignificantes en sí mismas y que evitan pequeñas molestias ó procuran sencillas satisfacciones.

Por otra parte, esa unidad llamada familia, conviene á todos el sostenerla; el nombre que compartimos con las que llevan nuestro apellido, nos obliga por propio decoro; la prosperidad comun alcanza á cada uno en particular, y la parte activa que muestran los hermanos en las penas y alegrías de los demás, son otros tantos motivos de unión entre los que deben el ser á unos mismos progenitores de cuya naturaleza participan.

En las nuevas costumbres importadas de Francia estos lazos se han quebrantado mucho, y una separación casi absoluta, disimulada por habitar la misma casa y por determinadas fórmulas de educación artificiosa, ocultan el verdadero efecto, la disolución de la familia. No puede haber afecto á los padres, en hijos criados y educados por manos mercenarias padres á quienes conocen mas de vista que de trato.

Por fortuna aun no han tomado carta de naturaleza estas costumbres entre nosotros: si de algo peca nuestra educación doméstica es por exceso y proligidad de cuidados, no dejando nada á las iniciativas del niño y previendo con exceso de celo todas sus necesidades verdaderas y ficticias.

Me parece que en este sentido precisa dar más amplitud á la espontaneidad infantil, acostumbrándoles pronto á que cubran sus necesidades por ellos mismos y sin esperar ayuda ajena, y dejando que algunas contrariedades rectifiquen sus tendencias y aficiones; que los hermanos se auxilién mutuamente, mejor que la servidumbre (si puede tenerse). Algun pequeño dolor en la infancia, evita muchos y graves en el resto de la vida. ¡Se puede sacar tanto partido de esas molestias, para hacerles comprender las que sufren sus semejantes y que procuren no causarlas, que debiéramos considerarlas como un bien relativo!

Si el afecto á la familia ha de ser racional, es necesario que no apasione y que sea más fuerte el que inspiremos á nuestros hijos por la justicia y la verdad, amores estos, que cuanto más sentidos, tanto más nos aproximan á la perfección, y á la equidad con todos los hombres.

Con el inapreciado trascurso del tiempo, el niño se haya en edad y disposición de abandonar el hogar y recibir conveniente dirección tendencias sentimientos y facultades que han ido surgiendo en su espíritu á medida que lo que le rodea es ya conocido y el ejercicio y dominio sobre sus músculos le ha enterado de la existencia de su personalidad.

Le impresiona cuanto llega á su espíritu por medio de sus sentidos, y excitada por tantos y tan variados estímulos, la vida desbordándose de aquel cuerpecillo y rebullendo inquieta como niño mal criado, le conmueve y hace mover sin fin preconcebido, ó desafiar y burlarse de los peligros que desconoce, queriendo ir más allá de lo que ha visto en sus compañeros de juegos y travesuras. Tales son á mi parecer los dos principales caracteres que marcan el de la edad: la curiosidad, que ha de ser posteriormente y razonada, la madre de la ciencia, y el afán de movimiento, revelado en los juegos y ejercicios y que es la base de toda actividad provechosa en el porvenir.

Esa curiosidad nunca satisfecha es la que hace de tan difícil contestación las mil preguntas que al niño se le ocurren, respecto á todo lo que le impresiona: es la atención natural que



comienza á exteriorizar su existencia, y con ella las asociaciones de los diversos centros cerebrales, cada vez más extensas sólidas y razonadas. Esta repetición de actos sucesivos en el tiempo y de muchas de las cuales el niño es causa consciente: la observación repetida, de la constancia de sus relaciones, es, como el bosquejo de la noción lógica de causalidad: el contacto de sus manos con las diferentes partes de su cuerpo, ó de los exteriores, cuya coexistencia aprecia por el tacto y la vista, las sensaciones musculares de resistencia ó vacío, motivos de su noción irrazonada de espacio: la continuada repetición de iguales precepciones, y la crítica que la naciente razón da á su espíritu, causa de distinguir en ellas lo accidental de lo constante y origen de la noción empírica de objeto y categoría etc.

Se hace indispensable guiar la naciente inteligencia infantil por padres y maestros y el objeto de esta educación no ha de ser otro que enseñar al niño el modo de prestar atención para que sin gran trabajo aprenda á observar y á observar bien, así como en los movimientos su objetivo es moderar los reflejos y obtener el máximo de efecto con el mínimo de energía desplegada. Impónese la necesidad de hacer fijar la atención de los niños para que usen convenientemente de sus sentidos: cosa que les impide la multiplicidad de asuntos que la solicitan de continuo. Así por ejemplo, la forma y magnitud de los objetos, su tamaño, la manera de estar limitados por planos ó aristas, su coloración uniforme ó variada, la distancia que nos separa de ellos, apreciadas estas cualidades por la vista, y comprobadas después (las susceptibles de ello) por el tacto que por su parte nos da sus nociones propias, de dureza, peso, rusticidad ó pulimento de sus superficies, calor ó frío relativos etc. las sensaciones propias del oído; ruido ó sonido, dirección intensidad, timbre, duración etc. y así de los demás sentidos, debe ser mirado con predilección, supuesto que tanto más verdadero será el conocimiento de un objeto, cuanto más completo sea el de sus cualidades. Tiene además la ventaja esta educación de los sentidos de ir dando á cada individuo, hábitos de observación que le permitan tener en su día ideas propias, sin recurrir á cada paso á la autoridad ajena recargando la memoria de hechos ú observaciones mal comprendidas ó interpretadas, y que hacen de los jóvenes papagayos conscientes á medias de lo que dicen. No menor ventaja es la de limitar la curiosidad del niño, pues entretenido su afán de nuevas impresiones y recorriendo gustoso los diversos aspectos del objeto

observado, le es más grato su trabajo y satisface mejor á su espíritu.

Creo que debe fomentarse la natural tendencia que los niños tienen á copiar graficamente lo que les impresiona, y sin dificultarles sus dibujos que por necesidad han de ser toscos, enseñarles á manejar la regla y el compás y las denominaciones de las diversas líneas y de las figuras fundamentales de la Geometría. La música debe tambien formar parte integrante de la educación infantil, al principio en forma de canto, que además de cultivar y afinar el oído, robustecer la laringe y ayudar á una buena gimnasía pulmonal, eleva y endulza los sentimientos é inspira las diversas emociones que el arte más sugestivo y encantador puede provocar según el ritmo y composición del artista y el estado de ánimo del oyente! Tal vez no haya medio mejor de renovar antiguas emociones, que oír el canto que las provocó.

Nada he de tratar de las escuelas y métodos de enseñanza, por pertenecer á un terreno vedado para mí; pero sí he de quejarme de la insuficiencia, lobreguez y falta de capacidad higiénica de la mayor parte de los locales destinados á la enseñanza primaria; brotando humedad en los pisos bajos, sin huerta donde los niños hagan ejercicio que alterne con su labor intelectual y del carácter de pura memoria de esta labor. Acaso se se hayan recargado en exceso los textos y sea muy deficiente el método intuitivo: aprender las líneas que el maestro ha señalado de lección y aprenderlas literalmente, es el mayor interés de los alumnos de primera enseñanza y de la mayor parte de los de la segunda cuando tienen interés.

Y en parte no les falta razón, porque nadie se desvela por lo que no comprende ni ve su utilidad.

Yo desearia ver desterrados de la enseñanza, aun los libros medianamente voluminosos; que casi toda ella fuera intuitiva, y desleida digamoslo así, en los juegos. ¡Cuanta afición muestran la mayor parte de los niños, por coleccionar ciertos objetos, cajas de cerillas, tarjetas postales, sellos de correos etc. pues creo que dirigiendo acertadamente estas aficiones, con muy poco trabajo y sin que los niños sintieran cansancio, podria instruirseles medianamente en historia y geografia física y política: al fin se aprovecharian estas lecciones, porque la belleza del grabado y de los colores y el afán de coleccionar, les haria fijarse y recordar fácilmente una síntesis sumaria de los principales hechos de cada reinado, ó una sucinta noción de la parte del mundo en que estuviera el es-



tado de donde procediera el sello ó la postal. Sencillas y entretenidas experiencias pudieran servir para hacer comprender los hechos fundamentales de geografía astronómica indispensables para la cultura general, Y ya en este terreno me parece preferible como método el diálogo socrático; la pregunta que dirige la atención y el natural razonar del niño, á la investigación y exposición de los hechos y conocimientos. Si cada escuela tuviera un jardín, se utilizaría no solo como medio de recreo y ejercicio si no también serviría para despertar el amor á la naturaleza y al generoso amigo del hombre, el árbol.

En la escuela y en los juegos nace el primer sentimiento egoaltruista del niño, la amistad. El trabajar juntos para conseguir un fin cualquiera, el empleo de medios análogos y la reunión frecuente, crean lazos entre los asociados, generalmente de afecto. Pero los niños son por naturaleza egoístas; cada cual desea para sí, todo lo que puede servir de distracción y solaz, y si puede, arrebatá á los compañeros sus juguetes: el instinto de sociabilidad por una parte, y por otra la mayor satisfacción y placer que le resulta de las diversiones en compañía de otros camaradas, le aficionan á ella y tienden á disminuir los egoísmos naturales.

Entre los que se reúnen hay siempre uno ó varios preferidos: si el niño es dominador elegirá (acaso inconscientemente) á los más fáciles de subyugar; si es algo pusilánime, preferirá á los más enérgicos y bulliciosos. Dentro de estas dos condiciones primordiales, se asociará más con aquellos cuyas aficiones y carácter se avengan mejor con el suyo, formándose así núcleos parciales y dentro de estos se esboza la amistad infantil, fomentada por las acciones que más le satisfagan ó por lo menos por lo que más halague sus gustos y caprichos. Con el curso de la edad y la experiencia, el joven discierne ya entre sus amigos y sus conocidos, los egoísmos han amortiguado mucho su esencia y forma, y en esa hermosa edad de la vida, lleno de confianza en sí mismo y en los demás, bien nutrida su imaginación de generosas ilusiones y con un concepto sonriente de la vida, llena de ingenuidad el alma del joven, se entrega toda y sin reservas á los dos más hermosos sentimientos que aceleran el ritmo del corazón humano: el amor y la amistad.

¿Dirigiremos estos hermosos sentimientos por los desengaños de la experiencia? ¿por evitar un sufrimiento en el porvenir, deberemos privarles de la posibilidad de que hallen en su camino un amigo verdadero ó en otro caso de la ilusión de en-

contrarle?—Creo que cada edad tiene sus caracteres propios tan invariables, á pesar de nuestros esfuerzos en contrario, como el curso de la naturaleza entera de la que formamos parte integrante. Conviene á los padres elegir con prudencia y discreción los amigos que han de tener sus hijos: ¡les es tan fácil conocer los antecedentes de educación y herencia especialmente en poblaciones de no gran vecindad! y una vez elegidos procurar que su amistad sea sincera, imponiéndoles en los deberes que por ella se contraen. Hay que descontar desde un principio, las travesuras en colectividad, nacidas en las reuniones de niños que tienen edades próximamente iguales: es preciso hacerles notar las condiciones que tengan aquellos de sus amigos y que deseemos que ellos imiten; que estas indicaciones y el trato y estimación mutuos, originaran una provechosa emulación.

Más adelante en ese periodo de ilusiones, convendrá moderar un tanto sus entusiasmos irreflexivos, é inculcarles una máxima atribuida á B. Franklin, siempre útil de tener presente: que comprendan, que todos sus amigos tienen derecho á contar con ellos, y ellos solo deberan atenerse á sus propias fuerzas.

El niño criado en tal atmósfera moral, tendria sólidos fundamentos para que sobre ellos descansara otro sentimiento harto enfriado entre nosotros actualmente, el amor a la patria. Después de nuestros recientes desastres motivados por la ignorancia de gobernantes y gobernados ¿y porqué no decirlo? por la frialdad que las clases directoras han sentido por nuestros asuntos de gobierno, ha faltado poco para que reneguemos de nuestra historia, y cayendo como mujerzuelas histéricas, desde las convulsiones de un matonismo perdonavidas. en las parálisis del más negro desaliento, lo más suave que se le ha ocurrido á ciertos directores de la opinión, ha sido enterrar á nuestro D. Quijote, sin ver que infinitamente más que los Quijotes abundan los Sanchos, y sufrimos los manteamientos de la venta y aun nos disponemos á cumplir las penitencias y azotes para el desencanto de Dulcinea, puestos los ojos y el pensamiento y la voluntad en la prometida insula, bastante menos digna de ser deseada, que la Barataria del codicioso manchego. Y no digo más... *intelligenti pauca.*

Pues el amor á la patria en su forma rudimentaria, lo mamamos con la leche materna, lo aspiramos en el aire que oxigena nuestra sangre, en las caricias de nuestras madres, en el ambiente de nuestra casa: él arde en la chimenea alrededor

de la cual se congrega la familia en las noches del invierno; algo del suelo sagrado de la patria ingerimos con nuestra alimentación y por esas admirables transformaciones de la materia, su hierro forma nuestro glóbulo rojo, sus sales de cal nuestro armazón esquelética, su fósforo se consume en nuestro pensar.

Las primeras impresiones que recibimos, que son perdurables con nuestra vida, el hogar, los que visitan nuestra casa, la familia, los sencillos entretenimientos con nuestros hermanos, tales son las primeras excitaciones que por los sentidos nos entran, solicitando nuestras reacciones de agradecimiento. Más adelante son los compañeros de juegos y escuela, los lugares que vemos diariamente, la torre de nuestra iglesia, los vecinos del barrio con quienes convivimos: las condiciones topográficas de nuestro país, con sus sierras ó sus valles, sus brumas, sus nieves ó su sol espléndido, contribuyen á formar nuestro carácter y nuestro espíritu, y amamos todas esas circunstancias como complemento de nuestro propio ser.

Estas limitadas impresiones no originan realmente más conceptos que los de familia y localidad, conceptos que se modifican y amplian en virtud de otros hechos y sentimientos más intelectualizados y que complementan el de patria. En esas veladas del invierno al amor de la lumbre hemos oído á nuestros padres y abuelos historias de sus antepasados ó deudos, ó referir algún suceso de impresión ocurrido en lejanos tiempos: la sensación de bienestar combinada con las emociones no menos dulces por el relato sugeridas, han establecido entre aquellos y nosotros lazos de admiración y afecto: en otras ocasiones las obras cuyo aspecto ó utilidad nos han cautivado, han sido motivo para escuchar alguna particularidad en su construcción ocurrida ó alguno de los rasgos del carácter de sus autores; aun los personajes creados por la fantasía popular, han sido otros tantos héroes para nuestra imaginación infantil, y todos obran sobre nuestro espíritu de análoga manera, provocando emociones agradables. Uno de los mayores vínculos que unen á los hombres y á los pueblos es el idioma, que en último término no es más que un modo de ordenación y construcción lógica de sensaciones sentimientos é ideas peculiar á los que le hablan; la historia patria que es la de los sacrificios y luchas, esteriles ó fecundas para establecer nuestra unidad colectiva y darnos con nuestro nombre la condición de hombres libres é independientes; por fin el sentimiento religioso nervio un día de nuestra nacionalidad,

y aunque amortiguado en nuestro tiempo, poderosísimo para despertar en el corazón humano emociones incomparables por su intensidad y persistencia.

Tales son, rápidamente enumerados los hechos principales que relacionados entre sí, originan en nosotros el sentimiento de la patria.

Agitase la opinión por algunos escritores y propagandistas, de sacrificarle en aras de otro más extenso y comprensivo; el de fraternidad universal ó humana,

Paréceme esta opinión más teórica que práctica, porque mientras el hombre sea hombre amará más lo suyo que lo ajeno, su casa, sus amigos, su pueblo, los que con él trabajan para la consecución de un fin, serán más estimados que la casa ajena, los desconocidos ó los pueblos extraños, ó aquellos individuos con los que nada tenga de común: pero así como el espíritu de justicia obliga a todo hombre imparcial á reconocer lo que haya de bueno y estimable aun en su enemigo, así el amor á la patria no excluye el de la humanidad. Por otra parte, constituidas las nacionalidades de Europa, el amor patrio no tiene motivos para las exageraciones que ha podido y debido tener, cuando aquellas se hallaban en periodo constituyente: por lo contrario, una mayor ilustración y la facilidad de comunicaciones, permitiendo un trato más frecuente, dan un fondo común á todos los pueblos cultos, aunque sobre ese fondo de tolerancia y cortesía, destaquen los rasgos propios de cada pueblo y de cada raza.

Es de desear que la juventud hojée más á nuestros grandes escritores antiguos (muchos de ellos casi desconocidos) y modernos, y sin desdeñar lo bueno de la literatura extranjera, conocer más á fondo á nuestros grandes pensadores.

Las biografías de los grandes hombres á los que debe la humanidad todos sus progresos, son no solo atractivas é interesantes, sino utilísimas, para ejemplaridad de los jóvenes, é inculcar en sus espíritus no bastardeados por los egoísmos, estos dos sentimientos que lejos de estar en pugna se complementan: el de patria y el de humanidad. Las luchas que tuvieron que sostener con el medio social de su tiempo: el modo de cumplir su misión; su temple para vencer los obstáculos interpuestos en su camino; los desmayos inherentes á nuestra propia naturaleza, menores por el esfuerzo individual aunque mayores por su magnitud que los que podamos sentir; el espíritu de benevolencia que les informó respecto de los demás hombres, son otras tantas enseñanzas que deben aprovecharse, y que

bien consideradas nos animan á seguir nuestro camino, parecen aminorar las vacilaciones y desmayos propios, al par que nos sugieren recursos más ó menos ingeniosos, para vencer la pereza y la indiferencia. Sucede con estas lecturas algo análogo á lo que ocurre con la contemplación de la naturaleza y las grandes manifestaciones de su poder: que nos sentimos pequeños y humillados ante su grandeza, pero al mismo tiempo animados á imitarlos imponiendonos á cualquiera de estos gigantes del pensamiento ó de la voluntad, como maestros de nuestra labor.

El sentimiento religioso, es otro de los que deben inculcarse en el niño.

No es este lugar apropiado para discutir las distintas y aun opuestas opiniones sustentadas respecto al asunto por diferentes pensadores. La moral no se ha construido ni constituirá con negaciones, y precisamente la debil voluntad de las actuales generaciones, depende en su mayor parte de la falta de afirmaciones robustas, de creencias sincera y hondamente sentidas, de algo en fin que sirva de norma en la propia dirección y en las relaciones con los demás, dado el escepticismo que flota en nuestra atmósfera.

Entre los preceptos de moral, no encuentro otros de tanto valor social y humano ni de espíritu más progresivo que los de la cristiana, pues como dice un autor (cuyo nombre no recuerdo, aunque sí que no es ortodoxo) los de la moral universal, independiente de todas las religiones positivas, son tomados á la predicada por Jesucristo, preceptos que recibidos y observados más ó menos fielmente por la humanidad durante largos siglos, ha impregnado nuestro modo de ser, formando parte de nuestra constitución mental, aunque las ideas teóricas puedan apartarse de los dogmas del cristianismo. Después de todo, ningun principio filosófico ni descubrimiento alguno de las ciencias, pueden, ni aminorar nuestros anhelos de perfección absoluta, ni enseñarnos nada experimental de lo porvenir, ni aliviar ninguno de esos grandes dolores morales que todos tenemos que experimentar en la vida.

Se hace preciso formar en los niños y jóvenes, una conciencia clara del deber moral, acostumbrándoles pronto á obedecer sus mandatos: que sean justos en su trato con los demás hombres y les inspiren compasion activa sus desgracias, excitándoles á compartir con ellos sus recursos y su ilustración, que también es gran obra enseñar á los semejantes; que todos en una palabra contribuyamos á hacer de la humanidad un

solo pueblo y una sola familia, en oposición á la moral novísima anticristiana, que predica la extinción de los débiles en beneficio de los fuertes: ¡y es tan relativo el concepto de débiles!

Es por el ejemplo por el que debe comenzarse toda educación supuesto que en los primeros años de la vida no hay suficiente inteligencia para comprender las explicaciones que al niño se hicieran, y prueba de este universal convencimiento es que nadie se molesta en enseñarle teóricamente á vestirse, desnudarse, comer, etc. Lo mismo se puede decir, de todos los actos, cuya repetición engendra la facilidad para ejecutarlos, pasando de la categoría de difíciles á la de fáciles, y cayendo por último en la subconsciencia, que es el ideal de las acciones mecánicas.

En moral, como en todas las esferas de la actividad humana, los difíciles son los primeros pasos; que después, la repetición engendra el hábito, y la continuación de este, crea una necesidad, tanto más imperiosa cuanto mayor haya sido su persistencia.

Establecer primero hábitos de limpieza, orden y moralidad y establecerlos sencillamente con el ejemplo, debe ser la primera labor educativa respecto al niño: cuando su inteligencia esté más desarrollada, sugerirle ideales, que sean las aspiraciones de su espíritu, y como sus guías en la vida. Estos ideales hondamente sentidos por todos los individuos, serían por esto mismo, los de los pueblos respectivos.

Leía yo hace unos cuantos días, un sentido artículo de un notable periodista de esta ciudad, en cuyos escritos se siente de ordinario palpitar la vida de nuestra Murcia, y complacido á medias, veía yo un examen de conciencia de la colectividad aunque sus conclusiones fueran pesimistas. El autor del artículo tenía razón: nos entregamos sin lucha, vivimos en una triste atmósfera de desconsoladora inesperanza, y de fatal escepticismo; nos falta el alma colectiva. Tales son los resultados de los egoismos individuales, de la desconfianza, de la abulia (falta de energía volitiva) amargo fruto de la ineducación de la voluntad.

Y téngase presente que el análisis que nos ocupa, solo se refiere á individuos, en su mayoría, bien conformados, que además la degeneración de la especie avanza, sin que nos hayamos preocupado de ponerla correctivo. La lucha por la existencia cada vez más enconada, aumentando la necesidad del constante esfuerzo intelectual y material, sin aumentar de un modo paralelo la robustez corporal y psíquica: los vicios ane-



jos á nuestra incompleta civilización; el alcoholismo progresando en sus variadas formas, el morfinismo, por desgracia, bastante extendido: la sífilis con su letal influencia y los matrimonios entre los que tienen estigmas degenerativos y que ofrecen la atracción del abismo para los que los poseen ó están en camino de poseerlos, son otras tantas concausas del mal que lamentamos.

Por su importancia he de hacer algo más que mencionar esta perniciosa influencia del matrimonio entre degenerados, como causa de males sociales. Aparte del atractivo mutuo de los dos seres que han de unir sus vidas y de las demás consideraciones que se tienen en cuenta, es preciso fijarse no solo en la propia felicidad, sino en la carga que podemos imponer á nuestros hijos al traerlos á la vida, y desde este punto de vista se hace necesaria una racional selección, pues si bien la natural lleva consigo la extinción de estas familias, es á largo plazo y después de producir numerosos individuos que han de ser nocivos á la sociedad y poblar cárceles, manicomios y hospitales.

En este sentido tienen gran importancia los datos ciertos que la moderna antropología suministra respecto á la herencia y que omito á pesar de su interés, en obsequio á la brevedad. En general es necesario impedir la unión entre los que presenten esas marcas impuestas por la naturaleza y que son indicadores de deformidades orgánicas y espirituales, que se han de transmitir á la prole, seguramente *aumentadas*, si el otro cónyuge las ofrece también aunque sean menos ostensibles, y para estas determinaciones, se hace necesario el concurso del médico.

Impónese también la necesidad de crear escuelas especiales á imitación de las fundadas en Bélgica para la dirección higiénica y educativa de los degenerados, escuelas en las que tanto ó mayor papel corresponde á la medicina que á la pedagogía, porque es necesario evitar el prolongado contacto de degenerados y normales, por su influencia demoralizadora sobre estos.

Ya en esa época de la vida, en la cual, el hombre normalmente conformado llega á la casi plenitud de su ser, debe también ser dueño de sus actos. Tropiézase con el grave inconveniente de que la afectividad es la impulsiva á la acción, y de ordinario domina á las ideas abstractas moderadoras de los actos del joven: este, tal vez desea sobreponerse á las mil sollicitaciones que así del exterior como de su propio organismo, ac-

tuán sobre su espíritu, y acaso lucha pero sin fruto, porque sus tendencias instintivas le desvían.

Para disminuir el poder de estas, conviene acostumbrarle á fijar la atención en cuanto haya de ser objeto de su conducta ó de su trabajo; discernir los inconvenientes y ventajas de sus actos y una vez resuelto, aumentar el poder de la idea con el refuerzo valiosísimo de la emotividad: que se despierte ó centuple su interés por medio de la reflexión, que suscita mil motivos agradables en favor de la idea. Como por otra parte es ley de salud para los estados de conciencia, que en ella alternen y se sucedan, oscilando su valer y duración según la atracción ó repulsión que en nosotros despierten, no se necesita más que darles artificialmente interés; lo que se consigue recordándolas con frecuencia, haciendo que nos sean familiares, en una palabra dándoles una preponderancia que en sí, no tienen al principio. Es este, un modo de autosugestión que todos podemos practicar si nos disponemos para ello y que no es más que una copia de un procedimiento natural y sin esfuerzo; de lo que sucede en los individuos dominados por una pasión: el amor, la avaricia, los celos etc.

He visto en la obra del Dr. Pablo Emilio Levy (*L'education rationnelle de la volonté; son emploi therapeutique*, página 64 y siguientes) un procedimiento especial de auto-sugestión, que consiste en sugerirse en ese periodo indeciso que separa los estados de vigilia y de sueño, caracterizado por relajación muscular y sensorial, en sitio en que haya poca luz y escaso ruido, adoptando una posición cómoda y moderadamente abrigado, tratar de conciliar el sueño, sugiriéndose repito en esos momentos la acción ó acciones que desée ejecutar, en forma de afirmación, sin esfuerzo. Este proceder que el autor llama de recogimiento aconseja repetirlo dos veces al día y persistir en aplicarle; aunque los efectos no se hacen esperar mucho tiempo.

Entre los procedimientos de lo que él llama gimnasia psíquica se encuentran los que antes he indicado, y que no son en suma otra cosa que la fijación de la atención hecha con método, para que á su influjo la idea se revista de sus auxiliares, la afectividad y los efectos bienhechores de la imaginación.

Concluyo Señores: á pesar de lo relativamente voluminoso de este trabajo, no he podido hacer otra cosa que exponer con brevedad lo más saliente de las principales tendencias y sentimientos que muestran la actividad psíquica del niño, frente á



sus naturales excitantes, prescindiendo de otros que es necesario dirigir tambien, para que la educación sea completa.

Lo premioso de los límites concedidos á esta clase de disertaciones, me han impedido hablar de asuntos tan interesantes como los relativos á la herencia, á los medios de combatir ciertos vicios, actualmente, verdaderas plagas sociales, (y que en ultimo análisis son desfallecimientos de la voluntad del individuo) de los matrimonios entre consanguíneos, de la educación de los degenerados, problemas todos interesantísimos para el porvenir de la humanidad, planteados ya en los pueblos más cultos del mundo y que tienen el doble carácter sociológico y antropológico. En todas partes se tiende á mejorar las condiciones morales de la existencia, mediante la educación, como las físicas ú orgánicas se van resolviendo por los progresos de las ciencias físico químicas. A nosotros nos falta en estas cuestiones, entre otras cosas, un convencimiento íntimo: el de que no debemos esperar el alivio de nuestros males de la ayuda ajena, sino del esfuerzo propio: no exclusivamente del Estado, si del individuo.

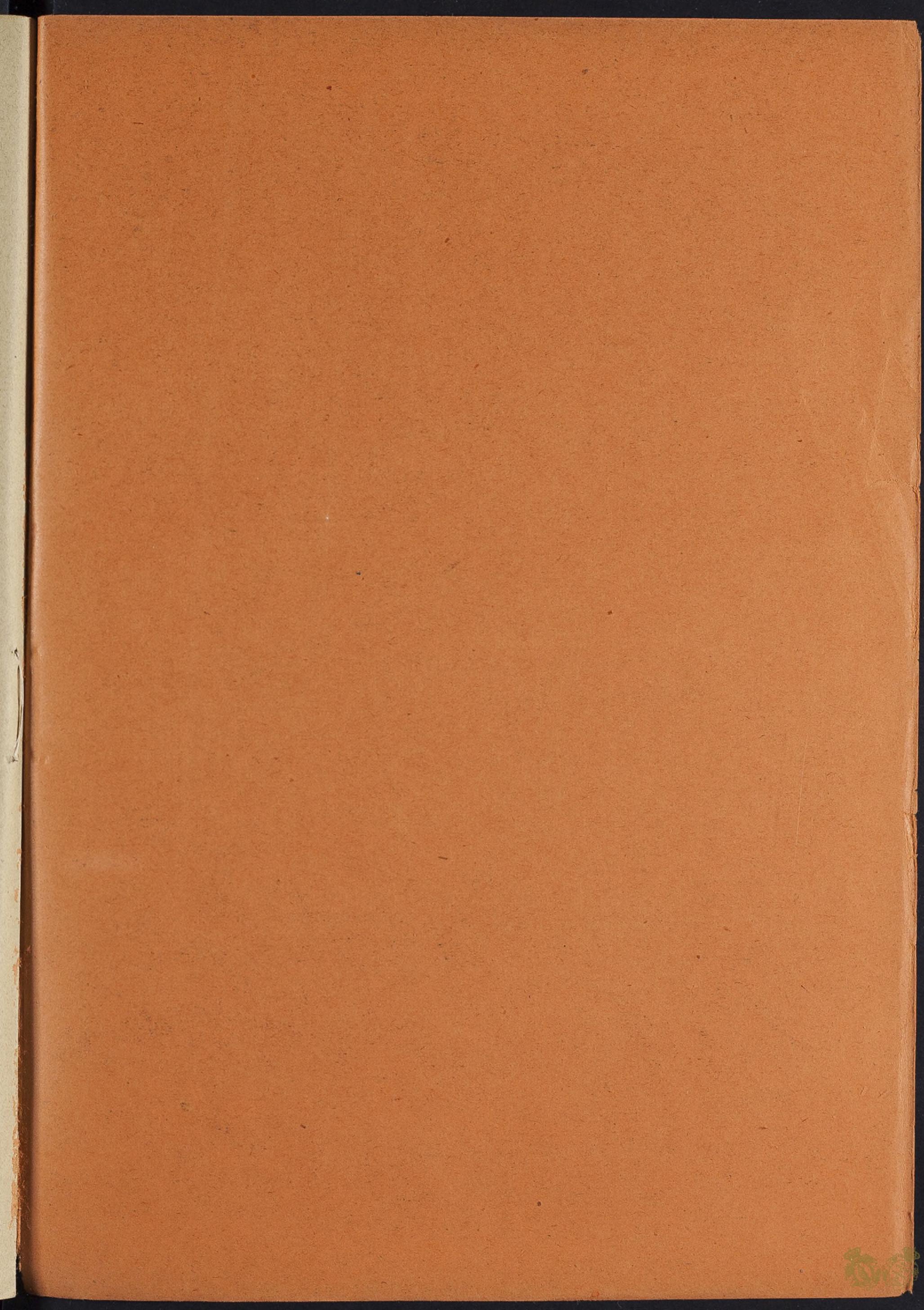
El objetivo de toda educación que merezca tal nombre, es sustituir hasta donde sea posible, las ciegas impulsiones del instinto, por otras más conformes á la naturaleza racional del hombre. Solo el trabajo asiduo, perseverante y en esta dirección, puede darnos el fruto apetecido, sin desmayos ni vacilaciones, si el resultado no estan inmediato como fuera de desear.

Entre la siembra y la recolección, pasan muchos meses de asiduos cuidados y de labores penosas. Bastante grano resulta esteril: no escasa proporcion sirve de alimento á los insectos y á los pájaros, comensales obligados en el festin de la vida pero el labrador ve satisfechos sus deseos y una opípara cosecha le resarce de sus trabajos y penalidades, sin que aquellas pérdidas ni estos sinsabores le retraigan de nuevos cultivos.

Así, nuestra tarea. Cultivemos el cuerpo y el espíritu de las nuevas generaciones, con una buena higiene y una dirección apropiada de la sensibilidad, de la inteligencia y de la voluntad; que todos puedan estar en aptitud de sentir la belleza, conocer la verdad y amar el bien, y todos los problemas se habrán resuelto.

Si es ley de la naturaleza, que el hombre se redima por su trabajo y el trabajo le eleva y dignifica ¿queremos redimirnos? Pues á trabajar.

HE DICHO.



3

